

# La Iglesia, icono de la caridad\*

Cardenal Roger Etchegaray

**M**E han dicho que se requiere mucha audacia o mucha ingenuidad para lanzar la Caridad en el mercado de los Congresos, porque un Congreso es algo más que un coloquio de especialistas. Y bueno, vuestra presencia representando a todos los países de América Latina es la prueba de que la caridad cuenta todavía, cuenta para todo el pueblo de Dios!

Juntos, y de entrada, debemos dar testimonio de nuestra fe en la caridad: «Y nosotros hemos conocido y creído en el amor que Dios nos tiene» (1 Jn 4, 16). Sólo la fe en la caridad puede explicar nuestro encuentro con el ánimo de rehabilitar el mismo nombre de «caridad».

Quisiera convertir el himno paulino sobre la Caridad (1 Co 13) en *leitmotiv* de este Congreso. La fuerza casi encantadora de este himno proviene de su fuente divina, de las nieves perpetuas de la Trinidad. Desde toda la eternidad Dios es Amor, Amor Dios vive de Amor en el secreto de su vida trinitaria, aun antes de la creación del mundo, de un mundo que es el desbordamiento de este Amor, de un mundo que no cesa de chorrear de este Amor vivificante.

Quisiera también recordar la bella oración de Kierkegaard en el exordio de su obra *Vida y reino del Amor*: «¿Cómo se podría hablar bien del amor si se Te olvidase, oh Dios del Amor, de dónde proviene todo amor en el cielo y en la tierra?»

Quisiera, en fin, recordar el discurso de Pablo VI –el Papa de la *Populorum Progressio*– pronunciado en Bogotá misma el 23 de agosto de 1968 con motivo de la «Jornada del Desarrollo» durante el Congreso Eucarístico Internacional. Por primera vez venía un papa a

\* Conferencia pronunciada en el Congreso Latinoamericano de la Caridad, que tuvo lugar en Bogotá, Colombia, del 8 al 14 de julio de 1990.

América Latina e impartía la siguiente orden para la misión: «En nombre de Cristo, y como apremiados por su íntimo amor, haceos todos y cada uno promotores de su Caridad... Haced del amor de Cristo el principio de renovación moral y regeneración social de esta América Latina, a donde hemos venido, Nos también, a suscitar la llama de la Caridad».

¿Qué es lo que hace caminar, y hasta correr, a la Iglesia hacia las heridas del mundo sino la caridad? «El amor de Cristo nos apremia» (2 Co 5, 14): en esas palabras de San Pablo se oye como una sirena de ambulancia, como un bolero punzante.

«El amor de Cristo nos apremia», el amor de Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre: por consiguiente, el amor de Dios y de los hombres. Y yo agregaría algo que se olvida con demasiada frecuencia, el amor a sí mismo: «amarás al prójimo como a ti mismo». El Evangelio nos pide que consideremos bajo una misma luz al prójimo y a nosotros mismos; aún más: que el amor a nosotros mismos sea el modelo que sirve de estímulo al amor a los demás. Esta referencia a nosotros mismos, a nuestra propia dignidad, hace todavía más apremiante el amor al prójimo: si quieres reconocer en el otro la imagen de Dios, comienza por reconocerla en ti mismo.

El Evangelio nos enseña a ser realistas (Mt 25, 31-46): ¿Quién, pues, es Dios a quien ninguno puede amar si no ama al hombre? ¿Quién, pues, es Dios a quien se puede herir tan gravemente hiriendo al hombre? El hombre debe ser amado por sí mismo. Porque así como no se puede reducir el amor al hombre al amor a Dios, inversamente tampoco el amor al hombre es una simple repetición del amor a Dios. Amar al hombre es más que amar a Dios en el hombre, es amar al hombre sin más, hallando en el amor de Dios por el hombre el modelo y fundamento. Estamos lejos del altruismo, del humanitarismo, de la filantropía. Para amar al hombre no tenemos otro motivo que el amor que Dios tiene por el hombre, y nuestro amor por el hombre debe adoptar los rasgos más característicos de ese amor de Dios, en primer lugar el de la gratuidad. Escuchemos cómo nos lo recuerda con vigor San Agustín: «Tú das pan a quien tiene hambre, pero mejor sería que nadie tuviese hambre y que tú no tuvieses nada que dar. Es más auténtico el amor que tú sientes por un hombre feliz, que no necesita de tus dones. Por el simple hecho de que das, pareces ser superior a aquél a quien das. Desea que él sea igual a ti, para que ambos dependáis de Aquél a quien nada se puede dar». Pienso también en las palabras que Jean Anouil hace decir, en la película «Monsieur Vincent», a ese héroe de la caridad: «Juana, pronto verás que la caridad es mucho más pesada de llevar que la vasija de la sopa o la cesta llena. Sólo por tu amor,

únicamente por tu amor, los pobres te perdonarán el pan que tú les das».

Las falsificaciones de la caridad son tan numerosas, que la palabra misma «caridad» se ha vuelto sospechosa, desacreditada, ya no tiene aceptación entre los cristianos. Esa palabra «ágape», escogida entre otras por los evangelistas y lanzada por ellos al mercado mundial, se ha devaluado hasta el punto de que ha perdido todo su valor divino. ¿Por qué asombrarse ante tantas caricaturas? Caridad, pasatiempo para ociosos, o cálculo apenas velado de proselitismo; caridad, simple remedio, sin tomarse la molestia de buscar las causas; caridad, diploma de buena conciencia para los que son cómplices de injusticias sociales. Caridad que transforma a los unos en benefactores y a los otros en asistidos... Escuchamos, aún hoy, esa áspera letanía que hace daño, pero que al mismo tiempo nos pone alerta para mantener la caridad en la pureza de sus rasgos primitivos, acogiendo, sin embargo, la enseñanza de Charles Péguy: «Tienen las manos puras, pero no tienen manos».

Otra deformación, más sutil, de la caridad, se refiere a la selección, ya sea consciente o no, que hacemos del prójimo, de acuerdo con nuestras simpatías, nuestras ideologías, o los caprichos de los medios de comunicación social, cuyo protector se mueve en el mapa del mundo a merced de las oportunidades de la actualidad. Cada uno ve desde su propia ventana. Esta ventana puede ser sólo una mirilla, a través de la cual se lanza una mirada furtiva e inquisidora; o una persiana que deja filtrar lo que nos molesta menos; o puede ser tragaluz que deja pasar la luz desde tan arriba, que apenas nos llega. Pero la ventana puede ser también una puerta abierta de par en par que se atraviesa para encontrar al que pasa, sin hacer distinciones ni cálculos acerca de dónde viene o para dónde va, pero con un amor preferencial por el pobre, con el que Cristo se identificó especialmente. A los propios pobres yo no los escojo, son ellos los que me escogen... ¡Eso es más simple y más exigente también!

No podemos olvidar que toda la historia de la Iglesia se puede definir mediante la historia de sus obras de caridad, desde las más humildes hasta las más audaces. Los bienes de la Iglesia son bienes de los pobres, y los bienes de los pobres son los de Dios; tales fórmulas se transmitieron con el pasar de los siglos, inspirándolas, ciertamente con altos y bajos, según las vicisitudes de la vitalidad de la Iglesia. No podemos olvidar que la limosna, tan desprestigiada cuando está desprovista de su impulso interior, constituye, con la oración y el ayuno, uno de los tres elementos esenciales del derrotero cristiano de todos los tiempos. Su forma eclesial ha sido reducida, en nuestros días, al gesto furtivo de una mano que suelta una moneda. No podemos

olvidar que la caridad tendrá siempre un carácter prosaico que recuerda el lavatorio de los pies de los apóstoles realizado por Jesús la víspera de su muerte, acto inseparable de la institución de la Santa Cena: «Haced esto (lo uno y lo otro) en memoria mía». En una sala del museo del Prado, en Madrid, domina un cuadro inmenso de Tintoretto, «El lavatorio de los pies». El hombre en cuclillas, con las manos dentro de una jofaina que lava los pies y tobillos bajo la mirada desconcertada de los apóstoles, es el Maestro que se ha hecho servidor para abrir así a todos el dominio real de la caridad.

Pero el proceso más inicuo que se hace a la caridad es el que se entabla en nombre de la justicia; y a veces los cristianos tienden a declararse culpables ante quienes sospechan de toda acción caritativa de la Iglesia, so pretexto de que la caridad de hoy debe convertirse en la justicia del mañana. Es cierto que la caridad exige la justicia. Aún más, cuando la caridad es verdadera, engendra la justicia y sigue fomentándola. El Concilio Vaticano II llega incluso a decir: «Es necesario... cumplir antes que nada las exigencias de la justicia para no dar como ayuda de caridad lo que ya se debe por razón de justicia» (*Apostolicam Actuositatem*, n. 8).

La caridad, lejos de ser una traba para la justicia, afina la visión y permite descubrir rincones desconocidos, desbrozar espacios que luego ella confía cuanto antes a la justicia, ampliando cada vez más su campo. Aún más, la caridad debe presidir los combates de la justicia, porque superando el frío equilibrio de los derechos, ella toma del amor de Dios fuerzas creadoras ilimitadas para amar a los demás por encima de toda justicia. El leproso tiene derecho a los cuidados de la sociedad; no tiene derecho a recibir el beso de Francisco de Asís, pero lo necesita. Con ese mismo espíritu, el Papa Juan Pablo II invita a los países deudores y acreedores para que estudien juntos un problema actual de los más complejos y urgentes, el de la deuda externa, para superar el callejón sin salida que se estrecha cada vez más. En resumen, la caridad ayuda a que la justicia se mantenga viva, resistente contra toda erosión y pueda tomar el aliento suficiente para arrancar el mundo de la injusticia. El compartir por amor lleva más a la condisión, que el compartir por deber de justicia.

Podemos comprender, entonces, según la hermosa expresión del salmista, que «la paz y la justicia se besan» (Sal 84, 11), especialmente por un amor nacido de la reconciliación. Es cuando alcanzamos el punto máximo de la caridad en la Iglesia. El Papa Juan Pablo II lo describió con tanto fervor en su Encíclica *Dives in misericordia* (20 de noviembre de 1980) y él mismo lo experimentó al abrazar en la cárcel a su agresor. Este gesto ha causado extrañeza en algunos ánimos: ¿cómo

es posible que el hombre moderno, tan deseoso de justicia, pueda soportar el ardor del beso dado por la misericordia? Pero la misericordia, así como la caridad, lejos de oponerse a la justicia, la postula y la exige. Esto no tiene nada que ver con la piedad condescendiente ni con la debilidad cómplice. El hombre quiere, y teme al mismo tiempo, ser juzgado. Si nuestra conciencia reclama un juicio que premie el bien y sancione el mal, rechazamos a la vez que nos pesen en una balanza de precisión, porque estamos convencidos de que valemos más, de que nuestra verdad es totalmente interior y puede ser comprendida únicamente por una ternura casi ciega. Un mundo donde se eliminara el perdón podría ciertamente ser justo, pero los hombres temblarían en él y morirían de frío. Sólo la dinámica de un amor que se remite a la misericordia para regularizar los conflictos crea un tejido social que contempla la dimensión plena del hombre. Quizá es éste el mayor desafío a la dureza, a la ferocidad de los tiempos modernos, tan apasionados de justicia.

El presente Congreso deberá constituir la ocasión para verificar si la Iglesia en América Latina respira por todos los poros la caridad y la hace visible en todas sus instituciones y en todos sus miembros, hasta llegar a poderse definir como «Icono de la Caridad».

En este sentido, más que una simple etapa, el Congreso podría ofrecer la trama de las celebraciones del V Centenario de la evangelización del continente latinoamericano, de una evangelización siempre presente ante nosotros. Mientras la humanidad esté en busca de la unidad, de la justicia y de la paz, el amor de Cristo entre los hombres será su camino, su verdad y su vida.

Conocemos los tres «órdenes» descritos por Pascal: el orden de los cuerpos, el orden de los espíritus y el orden de la caridad. «Todos los cuerpos juntos —dice Pascal— y todos los espíritus juntos, y todas sus producciones, no equivalen al mínimo movimiento de caridad. Este es un orden infinitamente más elevado». Nuestra época está marcada por el progreso acelerado de los dos primeros órdenes. Ese progreso es la conquista honorable del hombre, pero los beneficios que de él saca el hombre implican satisfacciones terribles que lo aplastan, en vez de liberarlo. El verdadero progreso humano se calcula según las conquistas de la caridad, o más bien según la acogida, por parte de la humanidad, al don que Dios le hace con su amor. «Uno no se aleja —decía también Pascal— sino alejándose de la caridad».

Por consiguiente, es muy grande la responsabilidad de los cristianos, de todos los que hemos recibido expresamente de Dios el depósito vivo de la caridad. ¿Somos promotores del verdadero progreso

de la humanidad? Por eso la caridad no se puede reducir a una pura ética, a una especie de lubricante que se ha de echar en los complejos rodajes de la sociedad moderna. No es suficiente humanizar las relaciones y las instituciones, protegiendo en ellas al hombre atrapado en la red creciente de una socialización fría y anónima. ¡Ay de la humanización que presente una caridad secularizada! ¡Ay de una caridad que se inspire en los métodos del *marketing*!

La vida trinitaria de Dios deberá ser transparente en toda la variedad de nuestras acciones, pero esa transparencia deberá revelar sin artificio la fuente divina. Sería absurdo querer ocultar a Aquel que nos hace caritativos; con toda justicia, nuestro prójimo tiene derecho a conocer el rostro de Aquel que reconocemos como motor de nuestra caridad. Todo esfuerzo por devolver al hombre su dignidad, su libertad, debe culminar ayudándole a descubrir en lo más profundo de sí mismo algunos reflejos de Dios, Creador y Redentor. En la caridad más pura se encuentra una virtud que pone alerta al hombre y lo coloca en el camino del Evangelio.

He aquí, queridos amigos, algunas reflexiones que les confío al comenzar este Congreso. No se pretende tocar todos los temas, pero sí mostrar que la Caridad afecta todo; aún más, que ella nos afecta a todos por el hecho de estar llamados a dar testimonio del amor de Dios. América Latina tiene sed de amor, de un amor cuya fuente tenemos que ayudarle a encontrar.

#### ROGER ETCHEGARAY

Nació en Espelette, diócesis de Bayonne, en 1922. Consagrado obispo en 1969. Fue creado cardenal por Juan Pablo II en 1979. Actualmente es Presidente del Pontificio Consejo *Iustitia et Pax* y del Pontificio Consejo *Cor Unum*.